

GREGORIO ARÁOZ ALFARO: LECCIÓN Y MODELO DE UNA VIDA EJEMPLAR

Por el Académico DR. JORGE A. AJA ESPIL

Al recordar la personalidad múltiple del Académico doctor Gregorio Aráoz Alfaro, en el espejo de mi memoria se refleja la imagen nítida del médico y del profesor. La evocación se remonta a más de medio siglo atrás, en el hall de entrada del entonces señorial Instituto Argentino del Diagnóstico. Allí, tomado del brazo de mi padre, un hombre de noble elegancia, de estatura más bien alta, con frente despejada y de mirada profunda que no alcanzaban a ocultar sus gruesos lentes, estrecha mi mano con cordialidad. "Mi amigo y profesor, el doctor Aráoz Alfaro", expresa mi progenitor con visible ternura intelectual por su viejo profesor de Semiología y su modelo como pediatra.

Años más tarde, en 1944, cuando la promoción de mi padre celebraba sus bodas de plata con la medicina, es el maestro Aráoz Alfaro quien dicta la clase magistral evocativa. Habló entonces a sus antiguos alumnos y a sus familiares sobre la noble profesión en su lucha contra el dolor, la enfermedad y la muerte. El ejercicio de la medicina —decía Aráoz Alfaro— no vale sino por las manifestaciones morales; no es superior sino por el alto espíritu de sacrificio que la inspira. Sin altruismo, sin filantropía, sería la más pesada de las cargas.

Así conocí, humana e intelectualmente, a ese médico ilustre que, años más tarde, en momentos difíciles para

la Patria, sería un ejemplo cívico para nuestra joven generación universitaria y un modelo de académico en distintas parcelas del saber.

Sus inicios

Fue en la ciudad de San Miguel de Tucumán, tan generosa en hombres próceres, donde nació Gregorio Aráoz Alfaro, el 8 de junio de 1870, y donde forjó su formación espiritual. Arriba a Buenos Aires para emprender los estudios médicos, de espaldas a todo cuanto ha constituido su niñez y adolescencia, pero resuelto a luchar sin pausa por conquistar a la ciudad desconocida. En ésta sazónaba generosamente el fruto intelectual de la generación del 80 con la que se compenetra de inmediato en sus ansias de libertad y cultura. Galeno a los 22 años, con diploma de honor, integra una promoción brillante que caracterizó a toda una época de la medicina argentina. En 1894, la Facultad de Ciencias Médicas reconoce la competencia y la capacidad docente de este médico de vocación instintiva, y lo designa profesor suplente de Patología General cuya silla ocupaba el profesor Roberto Wernicke. Luego viene el perfeccionamiento y durante dos años sigue cursos en Alemania, Francia e Italia, sumando erudición al talento, para culminar en 1904 con la titularidad de la cátedra.

Semiología y semiótica

En años recientes el tema de la interpretación de los signos, de los síntomas, ha absorbido la atención de los pensadores. En el esfuerzo por desentrañar los misterios que cercan al hombre, la semiótica —aquella de la que Umberto Eco es su máximo exponente— centra su estudio en los procesos interpretativos de la fenomenología tanto en el campo de la literatura, como en el de la estética, la sociología política y, por supuesto, en el de la fundamentación filosófica.

Tomada de la medicina, la semiótica traslada procesos interpretativos de aquella ciencia al campo de las

humanidades, perfilando una técnica relevante para arrancar secretos a la naturaleza, a la historia y a la sociedad. De este modo se configura una mentalidad reflexiva y creadora en el intérprete de los hechos percibidos por la experiencia como también de las premisas aceptadas por la razón. A mi modo de ver, en Aráoz Alfaro encontramos, en embrión, ese nuevo credo en el campo de la hermenéutica. Cuando en el año 1904 aquél llega a la titularidad de la cátedra en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, resuelve darle nueva orientación, y siguiendo las huellas de Emilio Sergent, el gran profesor de la Facultad de París, le fija una frontera más amplia y más técnica, y crea la cátedra de Semiología. La define como el estudio de los signos de las enfermedades y comprende el conocimiento de los síntomas para el diagnóstico de la dolencia y también su desarrollo probable, es decir el pronóstico.

Osvaldo Loudet describe, con precisión, ese afán de su maestro por acceder a la verdad científica: "En la búsqueda de los signos clínicos era un explorador fecundo e incansable; los descubría, los relacionaba, los jerarquizaba y los asociaba con síndromes cuando era lógico y posible. El maestro ponía de relieve signos viejos y nuevos, conocidos y desconocidos, presentes y latentes. . . Sabía de dónde partía y sabía dónde llegaba". Me pregunto si este no es el tema central en que se afanan muchas de las teorías actuales de la semiótica y muchas prácticas de lectura crítica que, a veces, se bifurcan en direcciones opuestas.

Las reflexiones de Aráoz Alfaro sobre los procedimientos fundamentales del quehacer de la medicina se sintetizan en tres preceptos cardinales: la observación, el raciocinio y la experimentación. "Despertar y perfeccionar el espíritu de observación, fortificar y enderezar el sentido crítico —repetía en sus disertaciones académicas— han de ser siempre los objetivos de la educación médica." Sin duda que aquí palpita la clarividencia de ese gran filósofo de la medicina experimental que fue Claude Bernard, con sus enseñanzas sobre el progreso de la ciencia a través de la verificación de los hechos nuevos.

Aráoz Alfaro no fue sólo un hombre de ciencia sino un hombre de esencia. No cayó en el enciclopedismo fácil y superficial sino que proyectó su inteligencia a fronteras más amplias y profundas. Como pensador prevenía contra el razonamiento escolástico y la generalización arbitraria, sosteniendo que nada hay más perjudicial para el médico que la convicción de su propia suficiencia. Y no es que profesara el subjetivismo de los escépticos sino que aceptaba que la ciencia es falible al igual que el ser humano, debiendo beber permanentemente en las aguas de la crítica.

Hay una filosofía de la medicina como hay filosofía de la historia, del arte, del lenguaje. Discurrir en abstracto, introducirse en el pensar esencial de la existencia humana, son virtudes que acompañan siempre al médico con dotes intelectuales. Aráoz Alfaro ha transmitido su filosofía en reflexiones que merecen meditar. Así, el camino que lleva a la certeza —repetía una y otra vez— sólo se cumple conociendo y rectificando las falsas rutas. Encuentro aquí puntos de coincidencia con las enseñanzas de un gran filósofo de nuestros días, Karl Popper. Sin crítica —dice éste—, sin posibilidad de “falsear” todas las certidumbres, no hay adelanto posible en el dominio de la ciencia; todas las verdades están sujetas al examen del “juicio y el error”. Son las mismas ideas que preconizaba el gran médico argentino y que pueden leerse en sus conferencias y escritos. Quien como él luchaba con los misterios y las sorpresas del cuerpo humano, sabía de las angustias de la ciencia ante el yerro. Debe actuarse —decía— con el espíritu libre, dispuesto a corregirse y a rectificarse; no la duda que paraliza la acción sino la que es fuente constante de investigación y progreso. Hay una raíz común en el pensamiento de Aráoz Alfaro y Popper cuando enfatizan que lo fundamental no es investigar la verdad sino desentrañar el error, con referencia, claro está, a los modos del razonamiento científico:

El historiador

Su culto cotidiano a Esculapio no le impidió la feliz frecuentación de Clío. Fue también un escritor dotado de la difícil facilidad de la pluma, poseedor de los secretos de la elegancia y de la sobriedad. En su primer ensayo histórico, *Semblanzas y apologías de grandes médicos* (1936), descubre que la biografía no es, a la postre, más que historia clínica adobada con hazañas y descarríos. Poco después publica *Crónicas y estampas del pasado*, donde desfilan grandes médicos argentinos: Emilio Coni, Samuel Gache, Gregorio Chaves, Abel Ayerza, Enrique del Arca, Horacio Piñeiro. Son páginas impregnadas de respeto y de cariño para figuras que cruzaron por el escenario médico de nuestro país. No son meras crónicas sino verdaderos documentos para la historia de la medicina.

En sus excursiones por el pasado, el historiador se apasiona con la figura ejemplar de Guillermo Rawson. El heroísmo médico y el heroísmo cívico de éste lo lleva a escribir un notable libro, *Rawson. Ministro de Mitre*, que es un modelo en su género. Comprende que la historia no se hace sólo con datos y documentos sino también con interpretaciones. Ajustado al patrón clásico de la biografía, es decir, apuntando al carácter del protagonista, al lugar donde actúa y a la situación que le toca vivir, tiene el arte de fecundarlo para lograr enaltecer los valores espirituales.

Publicado por la Institución Mitre en 1938, dicho libro muestra la actuación pública de Rawson, su obra política y administrativa, su Ministerio del Interior, sus antecedentes en el Congreso Nacional, su participación en los debates sobre asuntos internacionales. Nada escapa al ojo avizor de Aráoz Alfaro para penetrar en el pensamiento del ilustre patricio, así como retratar el fondo luminoso de la sociedad de la época.

El académico

Sus altas cualidades de médico sobresaliente le abrieron las puertas de la Academia Nacional de Medicina donde se incorporó como miembro de número en el año 1911. Ejerció su presidencia durante muchos años y supo

crear un clima fraterno de cofrades que lo respetaban y lo distinguían. Como hombre de letras logró conquistar la admiración y simpatía brasileña, que le abrieron las puertas de la Academia de Letras de Brasil como académico correspondiente en reemplazo de Ramón J. Cárcano. Miembro fundador de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en el año 1938, su discurso de recepción le permitió tratar un tema que agitaba viejas resonancias para su condición de hombre del Aconquija, orgulloso de un ilustre comprovinciano que también dejó aquel terruño para dar lucidez a la patria al diseñar los puntos de partida de la organización nacional.

En su notable conferencia que versó sobre la "Política Demográfica", sostiene que la cuestión demográfica es el problema de los problemas, no sólo en los países europeos sino especialmente en nuestro país. Tras recordar el pensamiento de Alberdi, "gobernar es poblar", Aráoz Alfaro subraya que lo que aquél buscaba era fomentar una inmigración seleccionada. La inmigración —decía— no puede ser sino un elemento de secundaria importancia en la política demográfica argentina de la época actual; el problema capital reside en asegurar el crecimiento vegetativo y el mejoramiento de la población nativa. Rechaza la fórmula de Pietro Verri, según la cual "la única medida del poder de un estado reside en el número de los habitantes". Tanto como ella, más aun que ella —enfatisa Aráoz Alfaro— interesa "la clase de la población, la calidad, sus condiciones de salud, de trabajo, de inteligencia, de perseverancia".

Estudia Aráoz Alfaro la conformación de la población nativa argentina, la natalidad y la mortalidad infantil, los factores económicos y morales que explican lo que él llama la "denatalidad". Aquí es evidente la influencia de un importante trabajo de Guillermo Rawson titulado: *Estadística Vital de Buenos Aires*, y que fue el primer ensayo de un estudio demográfico en el país. Sostiene que esta cuestión tiene un enfoque primordialmente moral antes que económico. Las causas primeras —explica— son de origen psicológico y moral; relajamiento creciente del deseo de gozar de la vida, de los placeres y de las frivolidades que ofrecen las ciudades.

A medio siglo de estas advertencias, debemos reco-

nocer el carácter premonitorio de las mismas. De entonces a hoy, la idea de la frustración argentina se ha instalado en el alma del pueblo. La ley moral por la que clamaba Aráoz Alfaro, es condición y meta de toda sociedad. El discurso del académico era toda una advertencia a no seguir la vida regresiva, el camino de la mediocridad. Hombre formado en el pensamiento de la generación del 80, moldeado en la perseverancia y en la capacidad del sacrificio, predicaba el progreso como deber cívico.

El doctor Gregorio Aráoz Alfaro fallece el 26 de agosto de 1955 en la ciudad de Buenos Aires, sin haber transigido en el plano de los grandes ideales y exhibiendo una vida que fue lección y modelo para la República.